

Sor María Romero Meneses

Alrededor de su sonrisa florecieron milagros

El 13 de enero de 1902 nace en la ciudad de Granada, Nicaragua, dentro de una numerosa familia de 13 hijos, sor María Romero Meneses.



Antepenúltima de los trece entre hermanos y hermanas, rodeada de una nube de afecto, mimada por su mamá y los criados. Ni siquiera podía pensar, en los primeros 19 años de su vida, que lejos de su casa, en los suburbios, había niños desnutridos y débiles. Pero en 1912 llegaron a Granada las primeras Hijas de María Auxiliadora que con delicadeza la pondrían en contacto con esta otra cara de la realidad humana.

Dos años más tarde, con doce años, María Romero entra en su colegio y manifiesta inmediatamente dos características que la acompañarán durante toda su vida: está contenta de estar donde la pongan, sabe hallar la felicidad hasta en un rincón; y tienen un misterioso pero realísimo contacto con el Señor.

Su vocación madura como un fruto hermoso, pero normal. A los dieciocho años va a San Salvador para el postulante, a los diecinueve recibe el hábito de las FMA,

durante dos años hace el noviciado, y a los veintinueve años pronuncia los votos. La hija del rico hace voto de pobreza, la muchacha de oro con las que muchos muchachos soñaban casarse hace voto de virginidad, la joven señora a la que los criados obedecían con alegría, hace voto de obediencia: se entrega toda a Dios.

Durante el noviciado, María Romero fue maestra de canto y trabajó en el oratorio festivo. Fue allí donde por primera vez encontró, con un impacto que la desgarró, a las muchachitas más pobres, desnutridas, hambrientas. En ellas, como en la eucaristía, estaba Jesús que la llamaba. Todavía no sabía como responder. Pronto lo sabrá.

Cuando cumple veintinueve años, la obediencia la destina a San José de Costa Rica, como maestra de música y de dibujo en el colegio donde estudian muchachas de bue-

nas familias, y asistente en el oratorio festivo adonde, por el contrario, acuden las muchachas marginadas de los suburbios, sin trabajo ni futuro. Sor María no sabe todavía que aquellas pobres muchachas serán su nueva patria durante 48 años, hasta su muerte.

Está contenta de estar donde la pongan, sabe hallar la felicidad hasta en un rincón.

Sor María forma entre sus alumnas un grupo de catequistas, y las manda a la exploración de los suburbios, a intentar dar alguna lección ocasional de catecismo. Vuelven un poco desanimadas: "Sólo hay tugurios, madre. Techos de lata, paredes de cartón, suelos de tierra. Y hay familias amontonadas en una sola habitación, bandadas de niños y de perros. No tienen trabajo, ni vestidos, ni alimentos. Les hemos hablado de Jesús. Nos escuchaban apáticos. Una mamá nos ha dicho: Eso de Jesús está bien. Pero ¿quién me da la leche para mis niños?".

Sor María habla largamente con sus catequistas, reúne alimentos y vestidos. En el día de Navidad de 1939 inicia con ellas la "pequeña misión":

"Iremos a las casas. Les echaremos una mano para limpiar y ordenar. Llevaremos vestidos y comida. Pero recordemos todas que si les llevamos alimentos y telas pero no les llevamos a Jesús, dejaremos a aquellos hermanos nuestros más pobres que antes".

La "pequeña misión" nace así casi como de la nada, y toma un desarrollo enorme, incalculable, como el granito de mostaza del que Jesús habla en el Evangelio.

Las catequistas se esparcen de dos en dos por los suburbios, ofrecen alimento y sonrisas, rezan con todos. Desde aquel día, las catequistas vuelven a Sor María contando maravillas y pidiendo con urgencia nuevas ayudas. Sor María que durante el día continúa enseñando música y dibujo, se reúne las tardes del sábado y del domingo con sus "pequeñas misioneras" para concretar nuevas realizaciones. La primera es la "habitación de los pobres".

Un día, mientras está dando la clase, Sor María mira por la ventana y dice: "Este terreno, dentro de al-

gunos años, será un gran edificio y se llamará la casa de los pobres. Habrá también un dispensario médico. Allí los pobres tendrán ali-

mento y trabajo, y será el refugio de muchas jóvenes huérfanas, solas o sin casa. Y Jesús y María tendrán una capilla".

Una muchacha, le pregunta extrañada:

"¿Quién le va a dar tanto dinero?". Y ella, tranquila responde: "La Virgen se encargará de todo".

Una muchacha, le pregunta extrañada: "¿Quién le va a dar tanto dinero?". Y ella, tranquila responde: "La Virgen se encargará de todo".

dar tanto dinero?". Y ella, tranquila responde: "La Virgen se encargará de todo".



Sor María levantó de la nada un extraordinario complejo social de asistencia a enfermos y de ayuda a los necesitados. Todos los que de alguna manera se sentían pobres acudían a ella, la "limosnera de María Auxiliadora", para recibir no sólo alimento, cuidados en el dispensario médico y medicinas, sino, sobre todo, la salud espiritual.

Hoy mismo, el gran complejo social sigue manteniéndose como entonces, de limosnas. Era María Auxiliadora la que lo hacía todo. Como hoy.

La mañana del 7 de julio de 1977 Sor María voló al cielo en su León nicaragüense. Sus restos fueron trasladados a San José. Ahora su tumba sigue siendo la atracción de los pobres que siguen acudiendo con fe a contarle sus problemas y necesidades.

Sistema Preventivo

El arte de educar en positivo, proponiendo el bien en vivencias adecuadas y envolventes, capaces de atraer por su nobleza y hermosura;

el arte de hacer que los jóvenes crezcan desde dentro, apoyándose en su libertad interior, venciendo condicionamientos y formalismos exteriores;

el arte de ganar el corazón de los jóvenes, de modo que caminen con alegría y satisfacción hacia el bien, corrigiendo desviaciones y preparando para el mañana por medio de una sólida formación de su carácter.

Juan Pablo II, *Juvenum Patris*

